

LA PASION DEL  
AMOR Y LA  
LITERATURA

## WALTER RAUDALES

¿Quién de los aquí presentes no ha amado?

¿Creen ustedes posible que exista algún ser humano que no haya vibrado más de alguna vez por amor?

Les aseguro que ni el más profundo místico está liberado de los arrebatos y ahogos del amor. Hasta el más fiel eunuco debió haber sido atacado por la desesperación de la lascivia.

Nadie está libre de la pasión que provoca el amor. Y de eso trata este libro *Amor de Jade*, y de ello voy a hablarles esta tarde que pronto se convertirá en noche, del amor pasional, porque ese es el argumento del relato.

Debo aclarar que el concepto Amor es una palabra con miles de acepciones, plurisignificante, pero sólo referiré a una de sus significaciones. Al amor pasional, al amor de los que aman hasta límites inimaginables.

Escribí *Amor de Jade*, sobre este tema, porque vivimos en una sociedad atrasante, desmovilizadora, paralizante. Y tal vez el amor vivido a su plenitud resuelva parte de este caos del que somos parte.

Generaciones atrás los niños se subían alegremente a los árboles y correteaban animales en los descampados, hoy en día se entretienen en su atari, en las maquinitas, o paralizados frente a la televisión viendo las mismas cómicas de siempre.

Se acabó la creatividad, le están matando a las nuevas generaciones la imaginación.

En fechas no muy lejanas los amantes se enamoraban y decían cosas hermosas bajo la luna. Hacían mil peripecias y con las mejores de las mentiras se esforzaban por verse aunque fuera furtivamente para decirse piropos lindos de amor.

Se decían, viéndose de frente, frases como: "Estás hermosa esta noche, déjame tocar tu cintura. Te lo prometo, sólo la cintura".

Y se hacían las más hiperbólicas promesas: "Si quieres la luna y las estrellas yo te las regalo". Los enamorados se veían a los ojos, se abrazaban y entonces existían.

Hoy en estas épocas de autopistas cibernéticas, de teléfonos celulares, los novios y enamorados se dicen cosas por teléfono y se calientan solamente las orejas.

Individualizamos el amor. Han cambiado tanto las cosas que es necesario decir que la modernidad le ha robado la belleza al amor, y le han arrebatado muchos encantos a la privacidad, a la soledad del amor.

Lo curioso es que cuando la tecnología está irremediamente conquistándolo todo, es cuando nos sentimos más solos, más individualizados, más necesitados, desprotegidos y desprovistos de un espíritu humanizante.

Entonces se impone el amor, se vuelve necesaria esa fibra que nos une a todos y nos ata y nos acrisola. El amor nos libera y nos esclaviza, es tan extraño que nos hace vivir momentos felices y nos obliga, a veces, a beber toneladas de amargura, el amor nos da la calma y también nos agita como ruta 101 en desbandada.

Pero quizá sólo el amor nos salve de este sin sentido en el que hemos caído.

El amor es el único salvavidas al que todos tenemos acceso en esta monetarización, nos podría salvar porque para amar no te cobran cover, ni pagas laboratorios, ni te piden tarjeta de crédito.

Por eso escribí *Amor de Jade*, en



## CULTURAL

donde toda la acción de los personajes nos lleva a concluir que sólo el amor vivido con pasión nos salva.

En estas páginas, una mujer hermosa, joven, hecha con miel de abeja y con atributos especiales. Vivió con una abuela -que se propuso enseñarle a su nieta todos los secretos para no fracasar en el amor. (Todos esos secretos están aquí en la novela). Pero un tío publicista le regala a la joven hermosa un corazón de jade traído de la China. El "dije" tiene poderes afrodisíacos y de enamoramiento en quien se lo cuelgue al pecho y en quien lo vea.

Rosina del Mar, ese es el nombre de la protagonista principal, descubre los secretos de ese amuleto, y se vuelve más bella. Se convierte en presentadora de televisión y se vuelve famosa. Su belleza era comentada y admirada por todo un país que vivía en guerra, desangrándose. Entonces ella se propone salvar al país, parar la guerra. Y para ello seduce a los personajes principales de la vida nacional, un obispo, un millonario, el dueño de los canales de televisión, al presidente de la República, al Jefe de las fuerzas armadas, al Jefe de la guerrilla. Ella busca a los dos hombres que pueden parar la guerra, para seducirlos, y los encuentra y seduce, y se enamoran de ella, el comandante guerrillero y el general del ejército. Con los auxilios del corazón de jade los obliga a firmar la paz, pero queda embarazada.

La novela no es biográfica, de alguien en específico, no es el retrato favorable o desfavorable de persona de la vida real. Es una ficción inspirada en un rumor, un rumor que ya casi era un mito. Es de la mujer que simboliza la astucia, la belleza, la solidaridad, el desenfado, la fuerza femenina por hacer lo que quiere más allá de todo obstáculo, de todo prejuicio.

He intentado utilizar las más novedosas técnicas literarias y periodísticas y las he mezclado.

Descubrí que los errores del periodismo en la novela son virtudes y lo verosímil de la novela en el periodismo es una exigencia.

He querido crear un mundo novelesco en donde caminen de la mano, el mito y la imaginación.

Una novela no cambia la realidad, pero sí con la imaginación se puede enriquecer el hecho de lo real. Aunque llegan momentos en que ya no sepa qué es lo místico, qué es la imaginación y dónde quedó lo real.

Por eso refirámonos a *Amor de Jade* como una novela a secas.

Cuando un autor escribe, en su relato quedan reflejadas tres cosas:

- Primero: lo que fue.
- Segundo: lo que es y
- Tercero: lo que quiere ser.

Eso es inevitable, uno queda indeleblemente reflejado, de su pasado, presente y aspiraciones. Les hablaré de una de esas tres cosas, la que ustedes desconocen, el pasado, porque el presente ya lo conocen, soy un periodista apasionado y un empedernido catedrático. **Lo que quiero ser**, es algo irrealizable que prefiero no pronunciar. Por aquello de que los deseos que se dicen no se cumplen. No vaya a ser la buena suerte.

Pero **lo que fui**, de ello sí puedo hablarles. Decía Dostoievski que quien "tiene recuerdos felices de su infancia está salvado". No sé si estoy expiado de todas mis culpas todavía, pero nací y crecí en una familia numerosa y bulliciosa, éramos once, en el centro de Honduras, Honduras está en el centro de Centro América, y este Istmo en el centro del continente. Qué casualidad, está en el centro de Centro América, y América vista en una esfera está en el centro del mundo. Y esto no es un juego de palabras inventadas a propósito. Los primeros habitantes, muchos años antes de la llegada de los españoles, los aborígenes ya lo sabían y llamaban al pueblo TAULABE, el lugar en donde nací significa: Encuentro de Caminos o Caminos del jaguar.



## CULTURAL

Es un pueblo pequeño de 4,500 habitantes, menos de la mitad de los alumnos que suben y bajan las gradas de la Universidad Tecnológica.

Era un pueblo sin luz eléctrica, pero con mucha fantasía. El televisor lo conocí hasta los 13 años. A las siete de la noche -todos los días- nos reuníamos, los once de la familia, y algún vecino, para escuchar un programa de radio que relataba cuentos y leyendas de Honduras dramatizados, eran relatos de terror, duraba 30 minutos, luego nos contaban casi siempre los mismos cuentos: el de la ciguanaba, el duende, la carreta bruja y otras. Mi abuelo Miguel Angel Raudales masticaba tabaco y se había propuesto, cuando yo creciera, hacer de mí un millonario agricultor -lo que él no pudo ser- y por ese y otros motivos me convertí en el más fuerte candidato para heredar un par de manzanas de café al otro lado del cerro de los Raudales, repartido en partes iguales entre el resto de tíos-abuelos.

Pero heredé otras riquezas, su imaginación, por sobre todo esa admirable capacidad de ver lo que otros no ven. Me enseñó que hasta el más mínimo detalle tenía mucho que decir.

El fue quien me contó, entre otros muchos cuentos, una historia que todavía ahora conmociona en TAULABE el pueblo. Casi un siglo después. Imagínense.

Me reveló que su padre, o sea mi bisabuelo, llegó al pueblo al final del siglo pasado, con el cuento que era médico graduado (¿no sé de dónde?) Mi bisabuelo visitaba a

sus pacientes, la consulta era a domicilio y recetaba casi siempre hierbas -que él mismo vendía- y cuando el enfermo o moribundo era muy pobre le sugería bañarse en humo de sahumerios de eucalipto.

Un día, me contó mi abuelo, que el bisabuelo entró a una casa de una señora sola con 4 hijas casamenteras.

Mi bisabuelo vivió un amor pasional con tres de ellas, y la cuarta se enteró del ventarrascal que se le avecinaba y escapó a tiempo con un forastero que pasaba muy seguido del otro lado del patio.

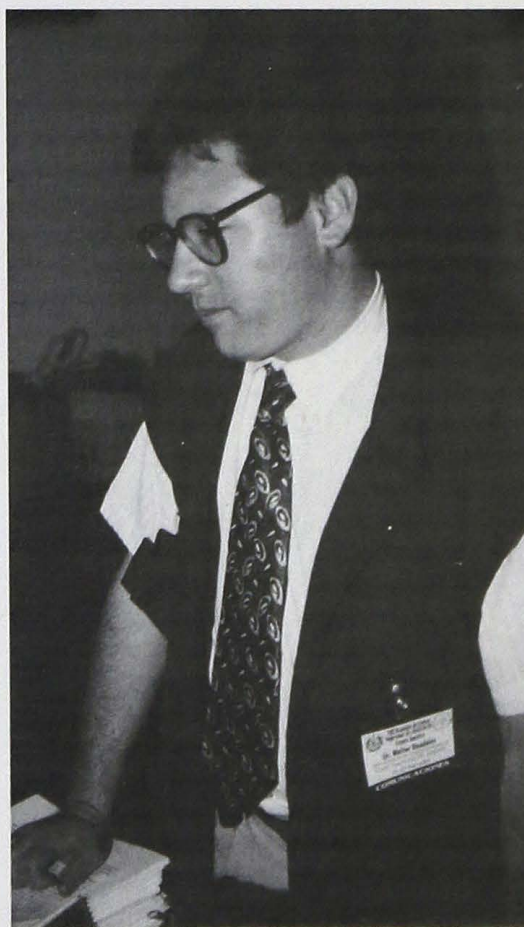
Cuando los vecinos lo supieron, el escándalo fue mayúsculo, los hombres del pueblo quizá celosos, estuvieron a punto de darle un castigo ejemplar, lincharlo o algo parecido, pero lo salvó casualmente mi tatarabuela -la madre de las tres muchachas casamenteras-, quien sobreponiéndose a la vergüenza pública, se paró en el atrio de la ermita hasta donde había llevado a mi bisabuelo de arrastras y empeñones, y en tono enérgico gritó:

"La culpa no es de él sino de mis hijas

que se le metieron".

Le salvó la vida y lo obligó a casarse con la hija mayor, mi bisabuela Juliana, por mayoría de edad, no había cumplido los 23 años.

Esta historia me la contaron muchas veces, corregida y aumentada; antes de morir Juliana, mi bisabuela, la protagonista, le





## CULTURAL

pregunté y durante una mañana completa, sentada en su mecedora de siempre, con sus ojos ciegos, recordó ese episodio que aún ahora anda de boca en boca.

Así crecí, entre esas y otras historias de amor. Los cuentos que escuché en la casa siempre fueron de amor y miedo; ese era mi mundo, ese mi entorno. Algunos los repetían varias veces, ya todos lo sabían, era por el puro placer de narrar algo. Y cada vez los escuchábamos con toda atención, como si fuera la primera vez.

De esos cuentos lo que más impactaba eran los finales. Cada historia tenía un final espectacular, espeluznante o impactante. Estaban cargados de acción y emoción que era imposible olvidarlos, crecí rodeado de buenos contadores de cuentos.

Un día me propuse escribir todos esos cuentos y no pude, descubrí que escribir y hablar eran disciplinas muy diferentes. Que para poder escribir las historias necesitaba de una técnica, de una metodología, que se debía sistematizar. Que al escribirlo la estructura del relato tomaba nuevas dimensiones, otros sentimientos.

Entonces me propuse adentrarme en el universo de la técnica literaria. Dedicué para ello, horas que debía encomendarme a la contemplación, a interminables lecturas, a veces gozosas y otras cargadas de tedio, así conocí a Cortázar, Dostoievski, Andre Malraus, Tolstoi, Sartre, Alejo Carpentier, María Granata, Cervantes, Vargas Llosa, García Márquez y ahora Isabel Allende, Patrick Sunskil, Philip Vanderber, Rulfo y después de tanta lectura encontré una sola verdad. En una estructura narrativa, es un acto de creación en donde lo real y lo imaginario van de la mano. Ambas: la realidad y la imaginación son posibles por los personajes, el ambiente y la acción que estos generan.

Una novela tiene dos hechos que la hacen realmente apasionante: El hecho narrativo y el hecho estilístico.

El hecho narrativo es el cuento, la historia, el argumento, lo que se narra.

El hecho estilístico es cómo cuentas lo que cuentas, de qué forma, en qué estilo. Si tiene belleza, lo estilístico es cómo has tratado esa historia.

Ambos, lo narrativo y lo estilístico, van en igualdad de importancia, una novela con un buen argumento pero mal contada se cae de las manos no se termina. Malas historias contadas en bello estilo desesperan.

Si la novela se les cae de las manos y les aburre es que ambas fallan. En ese caso Clásicos Roxsil está dispuesta a devolverles su dinero, y yo a pedir disculpas.

En *Amor de Jade* he querido cumplir a plenitud con ambos hechos. Pero no he podido. Apenas comienzo. Es mi primera novela. Apenas comienzo. Y después de escribir y escribir, de corregir y corregir, concluyo dos cosas:

- 1 ) Que las cosas andan mal en este país porque la pasión del amor está condicionada por prejuicios de doble moral de la que nadie está libre. Y
- 2 ) Un buen escritor se debe a que tiene buenos y exigentes lectores.

Espero no defraudarlos.

\* Esta ponencia fue pronunciada por el autor de *Amor de Jade*, Walter Raudales, en el Auditorium "Benito Juárez" de la Universidad Tecnológica.